

Políticas editoriales, canon y mercado: Editoriales independientes mexicanas en los años sesenta

Valeria Añón*

A la memoria de Susana Zanetti

Cuando hay preguntas que hacer, debo echar hacia atrás mi silla,
observar mis papeles y sentir el cambio.

Raymond Williams

Introducción

Mucho se ha escrito acerca del mundo editorial latinoamericano en los años sesenta, en el marco de la atención —casi hegemónica— a lo que se dio en llamar “narrativas del boom latinoamericano”.¹ Reflexiones centradas en la ficción y en grandes nombres de escritores buscaron la especificidad de lo literario continental, cuestionaron los vínculos entre literatura y mercado,² y llamaron la atención respecto de nuevas figuras emergentes por esos años en la “República Mundial de las Letras”³ (como la de los agentes literarios, entre los cuales descolló Carmen Balcells)⁴ en el marco mucho más amplio de los deba-

tes en torno a los años sesenta.⁵ En términos de mercado editorial y de construcción de un público lector, la polémica ha oscilado entre plantear una ruptura con modos de narración, circulación y conformación de un mercado editorial global, por un lado, y pensar el proceso como consecuencia de una conformación de lectores y de mercado que comenzó, al menos, en los años cuarenta —quizás antes en México, políticas públicas y fundación de Fondo de Cultura Económica mediante—, en lo que se dio en llamar la “época de oro” de la edición en América Latina.⁶ Esta perspectiva diacrónica, de mayor productividad, ha permitido reevaluar factores como el peso de la inmigración republicana española en el mercado editorial continental, o las posibilidades y límites de las colecciones populares que fueron marca definitoria en los años cincuenta y sesenta; también, las transformaciones de la figura de autor en relación con el mercado y los medios masivos.

En esta línea se inscribe la aproximación que presento aquí, porque entiendo que la única forma de pensar el cambio es sopesar desplazamientos y continuidades, y porque esta investigación apuesta a pensar el mercado editorial local y sus políticas en un marco más amplio (continental y supra continental) que tenga

* IDIHCS-UNLP / CONICET.

¹ La investigación que sustenta este trabajo se enmarca en el Proyecto H555 “Editores y políticas editoriales: articulaciones y redes entre América Latina, Argentina y España” (2010-2013) y continúa en el Proyecto “Políticas editoriales y modernización literaria: géneros, cultura visual, nuevas tecnologías” (desde 2014), ambos dirigidos por José Luis de Diego en la Universidad Nacional de La Plata. Una primera versión de una parte de este trabajo fue presentada en el Congreso Regional de SHARP (Societr trabajo de José Luis de Diego y for the History of Authorship, Reading and Publishing), Río de Janeiro, 5 al 8 de noviembre de 2013. Agradezco a José Luis de Diego, Pablo Rocca, Graciela Batticuore y Gustavo Sorá sus comentarios, y a Martín Bergel, por su generosidad e interés en este trabajo. En México, agradezco a Neus Espresate y a Aurora Díez Canedo las charlas, las remembranzas y los invaluables materiales que me facilitaron. Y a Liliana Weinberg, cuya enorme generosidad me permitió disfrutar de una estancia de investigación durante la cual realicé la mayor parte del trabajo de campo que aquí se presenta.

² Al respecto, sigue siendo insoslayable el volumen *Más allá del boom. Literatura y mercado* (México, Marcha, 1981) con textos de Ángel Rama, Tulio Halperin Donghi, David Viñas, Jean Franco, Antonio Cándido y Saúl Sosnowski, entre otros.

³ Tomo el concepto, discutido por cierto, de Pascale Casanova, *La República Mundial de las Letras*, Barcelona, Anagrama, 2000.

⁴ Al respecto, véase el trabajo de José Luis de Diego “El boom latinoamericano: estrategias editoriales, mercado e internacionalización de nuestra literatura”, ponencia presentada en el Congreso SHARP de Río de Janeiro, 5 al 8 de noviembre de 2013; y de mi autoría, “Escritores, editores y agentes: acerca de políticas editoriales transatlánticas en el mercado editorial reciente en lengua castellana”, Il Congreso Internacional Literatura y Cultura Española Contemporáneas. Diálogos transatlánticos, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 3 al 5 de octubre de 2011.

⁵ No podría reseñar en este breve espacio los numerosos trabajos que se ocuparon de los años sesenta en América Latina desde una perspectiva cultural y social, y en especial de la figura del intelectual (muchos de ellos reeditados en la última década). Si quisiera referir aquellos que fueron de mayor utilidad para mi aproximación: el ya mencionado libro *Más allá del boom*; de Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2003; de Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; de Oscar Terán, *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2013 (reedición).

⁶ Para analizar el caso mexicano se destaca el libro de Fernando Escalante Gonzalbo, *A la sombra de los libros. Lectura, mercado y vida pública*, México, El Colegio de México, 2007; también del Seminario de Historia de la Educación en México, *Historia de la lectura en México*, México, El Colegio de México, 1988. José Luis de Diego analizó la experiencia argentina entre 1938 y 1955 en “La época de oro de la industria editorial”, *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, FCE-Libros sobre libros, 2006, pp. 91-121.



en cuenta experiencias fundamentales en los años cincuenta y sesenta. Para ello me interesa, en primer lugar, volver sobre algunos datos y comentarios generales sobre esa época (tan nostálgicamente reseñada en numerosas ocasiones), dado que la reconstrucción *a posteriori* de esta nueva “época de oro” y de sus lazos latinoamericanos está en la base de las formas en que se concibe la historia editorial y cultural hoy. Para ello, a partir de unos pocos datos cuantitativos, quisiera centrarme en dos experiencias editoriales mexicanas, de larga incidencia en el universo del libro y la cultura continental, y cuyos catálogos están en la base de la conformación de un canon literario latinoamericano, así como de una cartografía del interés y la circulación del pensamiento de izquierda en el continente en los años sesenta y principios de los setenta. Por partes, entonces.

Un poco de historia: *La vuelta completa*

¿A qué llamábamos literatura argentina quienes la seleccionamos para el público lector entre los años sesenta y ochenta? ¿Qué función le atribuimos? Si atiendo a la segunda pregunta, resulta claro que la función se deslizó desde la celebración oficial de la fundación de la nación en 1960 hasta un refugio para insistir en la defensa de un espacio en el campo cultural cuando se inicia la dictadura en 1976. Diríamos, casi, la vuelta completa.

Susana Zanetti

Si bien se afirma que estamos en un mundo globalizado, donde los límites territoriales y temporales parecieran expandirse y ampliarse (al menos, para los productos culturales), lo cierto es que nunca resultó del todo sencillo tener acceso a las publicaciones de nuestros países vecinos. La mayoría de las veces —y debido a polémicas políticas editoriales, que se han aguzado en las últimas dos décadas—, hemos leído a América Latina a través de lo que deciden publicar casas con sede en España. Este periplo, largamente analizado en numerosos informes y objeto de disputas en relación con el lugar de los editores independientes, tiene su correlato, además, en el universo de la traducción y en especial de los procesos de extraducción.⁷

Claro que, desde el comienzo, se parte de un supuesto falaz: la noción de América Latina como una unidad (homogénea, para más datos), tal como ciertas miradas etnocéntricas y pintoresquistas apuntan. Nada más lejos de la realidad: el subcontinente es, en verdad, un conglomerado de países donde se hablan lenguas diversas, con predominio del castellano, pero fuerte impacto también —en términos poblacionales y económicos— del portugués de Brasil, y que incluye asimismo naciones como Haití, donde la lengua oficial (producto de su experiencia colonial) es el francés.⁸ De hecho, y como es sabido, el concepto mismo de

América Latina es tardío (de la segunda mitad del siglo XIX) y responde a una disputa de poder entre Francia y España acerca de las colonias (o ex colonias) españolas.⁹ De allí que el complejo vínculo entre Europa (y, en especial, España) y América Latina no sea algo nuevo, sino de larga data, y que como tal se haya percibido desde el siglo XVI en la historia del libro y de la conformación de la industria editorial.¹⁰

Claro que esta heterogeneidad no es ajena a poderosos “procesos de religación”, que comenzaron ya en los primeros momentos de la conquista y colonización, a partir de la imposición de un régimen de gobierno (y una legalidad) específicos, que se sustentaba de manera central en la expansión de una lengua común.¹¹ Este proceso fue enormemente exitoso y, aunque durante tres siglos soportó el poder colonial, en el siglo XIX también jugó a favor de los procesos independentistas... En cualquier caso, la conformación de una industria cultural en el siglo XX (con el rol que al mundo editorial le corresponde en ella) también se sostuvo sobre dicha religación, posible en función de la extensión de las dos lenguas hegemónicas.

En relación con el mercado editorial latinoamericano en el siglo XX, la historia que puede trazarse no escapa a la polarización de la edición en grandes centros-capitales (Buenos Aires, San Pablo, México, y en menor medida Caracas y Bogotá), así como a procesos políticos de mayor alcance, a través de los cuales el mercado editorial subcontinental también se desarrolló sobre la base de exilios y migrancias. En efecto, la historia de la edición en América Latina reconoce una “época de oro” en los años cuarenta y cincuenta, que coincide con el arribo de los exiliados de la Guerra Civil Española (y la hambruna posterior), quienes se instalan mayormente en México y la Argentina para fundar casas editoriales como FCE y librerías como la Imprenta Madero (en el primer caso), y Losada, El Ateneo o Sudamericana (en el segundo). En términos de dinámicas de traducción, lo que se puso en marcha fueron políticas intraductorales, donde jugó un rol central la revista y editorial *Sur* en la Argentina, y que, en términos del impacto del exilio republicano español, principalmente en México y la Argentina, coadyuvó para que se tradujeran “todos aquellos grandes autores del siglo que estaban prohibidos en España (o cuyos editores habían tenido que emigrar)”.¹² En cambio, las polí-

⁷ Analicé estas particularidades y sus inflexiones en el último lustro (2008-2013) en Valeria Añón, *Interpretar silencios. La extraducción en la Argentina*, Buenos Aires, Fundación TyPA, 2013.

⁸ La heterogeneidad de historias y lenguas, no obstante, no se condice con cierta homogeneidad lingüística en el mercado editorial subcontinental, en el cual el 58% de lo que se publica es en español y el 38.9% en portugués. El 2% restante se reparte en otras lenguas, entre ellas las indígenas (véase AA.VV., *El espacio iberoamericano del libro 2010*, Santiago de Chile, CERLALC, GIE y Observatorio Cubano del Libro, 2010; disponible en <http://cerlalc.org/publicacion/espacio-iberoamericano-del-libro-2010>).

⁹ Acerca de este proceso histórico-cultural, véase “Génesis de la idea y el nombre de América Latina” en *América Latina y la Latinidad* de Arturo Ardao, México, UNAM-CIALC, 1993.

¹⁰ Al respecto me baso en el trabajo de Gregorio Weinberg, *El libro en la cultura latinoamericana*, México, Juan Pablos editor, 2010.

¹¹ Retomo el concepto de “religación” de la propuesta de Susana Zanetti, “Modernidad y religación. Una perspectiva continental”, en Ana Pizarro (org.), *América Latina: Palabra, Literatura e Cultura. Vol. 2: Emancipação do Discurso*, San Pablo, Unicamp, 1994, pp. 489-534.

¹² Gabriela Adamo (comp.), *La traducción literaria en América Latina*, Buenos Aires, Paidós-Fundación TyPA, 2012, p. 18.

ticas de extraducción brillan por su ausencia, y las traducciones que en efecto se producen llegan solas o por gestiones aisladas.¹³

Estos procesos de desarrollo del mercado editorial subcontinental, que como ya señalamos mucho le deben a editores españoles —aunque la insistencia en dicha deuda no es inocua ya que reitera, en alguna medida, el estereotipo de lo americano como *tabla rasa* donde imprimir los saberes y producciones culturales de la ex metrópolis—, adquiere un nuevo impulso con la ya mencionada “narrativa del boom”.¹⁴ En este momento —como ocurrió años antes, con el primer movimiento genuinamente latinoamericano que fue el Modernismo— el campo cultural subcontinental se reconfigura, así como los vínculos con España y el lugar del libro de autor americano en el universo de las traducciones. En esta década también se fundan algunas de las editoriales americanas independientes más emblemáticas (Era y Joaquín Mortiz en México; Alfa en Uruguay; Monte Ávila en Caracas), y ven la luz proyectos populares que marcaron hitos en la edición en lengua castellana, como los del CEAL y Eudeba en la Argentina. No obstante y como es sabido, este auspicioso impulso renovador y de ampliación del público lector se vio mermado o directamente detenido por dictaduras y exilios que asolaron el continente desde 1973 en adelante. Aunque aquí se detiene esta aproximación, ya que el objetivo es dar cuenta de momentos y fundaciones previas, no quisiera dejar de señalar cierta progresión a la que asistimos aún hoy. Brevemente: los años ochenta son, como en el resto del mundo editorial, los de la gestación y ampliación de procesos de centralización y concentración, que ya se habían iniciado a fines de la década de los cincuenta en el mundo anglosajón, y que vuelven a poner a la cabeza de la edición en lengua castellana a una España ya liberada de Franco. El resto es historia conocida. Sin embargo, no está de más apuntar que uno de los resultados de los procesos de represión y dispersión de intelectuales fue la ruptura de ciertos lazos (incipientes, claro) entre diversos mercados del continente, y la merma o directa desaparición de proyectos de publicaciones de calidad accesibles a un gran público.¹⁵

Los datos

Veamos ahora algunos datos puntuales que nos permitirán trazar una pequeña cartografía del universo editorial latinoameri-

cano entre mediados de los cincuenta y los sesenta, contexto en el que se lanzan y desarrollan los dos proyectos que me interesa alumbrar aquí, Era y Joaquín Mortiz.

1959: en México, editorial Porrúa (fundada en 1914, a partir del antecedente de la librería Porrúa, de 1910) lanza la colección “Sepan Cuántos”, que debe su nombre a las propuestas del insoslayable Alfonso Reyes. Publica obras “clásicas” de la cultura “universal”, y se convertirá en un proyecto de importancia en todo el continente.¹⁶ Ese mismo año se funda editorial Era (con el resonar de la Revolución Cubana detrás), de la mano de “cinco amigos audaces e ingenuos”, los hermanos Espresate (Jordi, Enrique y Neus), Vicente Rojo y José Azorín. Según el recuerdo de Rojo, “[...] para entonces, creo, ya éramos republicanos mexicanos, así nos hemos definido, y en México se redondeaba un proyecto cultural muy rico, una efervescencia que se dio particularmente en los 60” (volveré enseguida sobre estas consideraciones).¹⁷

1960: en Colombia se funda Tercer Mundo, de Belisario Betancour; Carvajal funda Editorial Norma. En Cuba ve la luz la revista **Casa de las Américas**. En tanto en México, Era saca su primer y polémico libro: **La batalla de Cuba** de Fernando Benítez.

1962: en México Joaquín Díez Canedo, ya fuera de FCE, funda Joaquín Mortiz, y publica su primer libro: **Oficio de tinieblas** de Rosario Castellanos.

1963: en la Argentina se lanza la editorial Jorge Álvarez, emblemática empresa independiente que el editor del mismo nombre crea a partir de su experiencia en la librería jurídica De Palma, y que presenta un catálogo y una figura de autor en varios sentidos parangonable a la de Joaquín Díez Canedo. Entre sus primeros colaboradores se contaron Rodolfo Walsh, Piri Lugones, Julia Constenla, Daniel Divinsky y Rogelio García Lupo.¹⁸

1966: en México, luego de ser destituido de FCE tras el escándalo asociado a la publicación de **Los hijos de Sánchez** de Oscar Lewis y de **Escucha Yanqui** de Charles Wright Mills, Arnaldo Orfila Reynal funda Siglo XXI Editores, apoyado por un amplio espectro de intelectuales mexicanos y latinoamericanos, que contribuyeron con sus pronunciamientos, obras y capital.¹⁹ En la

¹³ Véase Gabriela Adamo, Valeria Añón y Laura Wulicher, **La extraducción en la Argentina. Venta de derechos de autor para otras lenguas**, Buenos Aires, Fundación TyPA, 2009.

¹⁴ Se trata, claro está, de un momento crucial, donde la Revolución Cubana tiene una pregnancia monumental. Al respecto, véase el ya citado trabajo de Claudia Gilman, y de Nora Catelli, “La elite itinerante del boom: seducciones transnacionales de los escritores latinoamericanos (1960-1973)”, en Carlos Altamirano (dir.), **Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo 2: Avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX**, Buenos Aires, Katz, 2010, pp. 712-732.

¹⁵ Por último, añadamos que, en la actualidad, este proceso de concentración no ha hecho más que profundizarse, tanto en América Latina como en España. De hecho, en este último país, el mercado del libro está regido por tres grandes grupos (Planeta, Anaya y Random House-Penguin) que acaparan más del 70% de las ventas.

¹⁶ El proyecto librero y editorial comienza a fines del siglo XIX, con la llegada a México de los tres hermanos asturianos José, Indalecio y Francisco Porrúa, quienes comienzan comprando bibliotecas. La editorial se constituye formalmente en 1940.

¹⁷ “Cinco amigos audaces e ingenuos crearon Editorial Era hace 52 años”, **La Jornada-Cultura**, México, 26 de noviembre de 2012, p. 8.

¹⁸ Tomo estos datos de Ana Mosqueda, “La editorial Jorge Álvarez, cenáculo de los sesenta”, **Revista La Biblioteca**, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, Vols. 4-5, 2006-2007, pp. 482-489.

¹⁹ Respecto de la destitución de Orfila Reynal y su equipo de FCE véase Gustavo Sorá, “Edición y política. Guerra fría en la cultura latinoamericana de los años 60”, **Revista del Museo de Antropología**, Córdoba, UNC, Vol. 1, n° 1 (1), 2008, pp. 97-114. Sobre Orfila Reynal en FCE y en Siglo XXI remito al volumen-homenaje publicado por la Universidad de Guadalajara, **Arnaldo Orfila Reynal, la pasión por los libros**, Guadalajara, 1993, y al artículo de Carlos Díaz y Alejandro Dujovne, “*Todo está en el catálogo*: notas sobre Arnaldo Orfila Reynal y Siglo XXI Editores”, **Revista La Biblioteca**, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, Vols. 4-5, 2006-2007, pp. 490-498.

Argentina, Daniel Divinsky crea Ediciones de la Flor, en vínculo directo con Jorge Álvarez (quien "aportó el crédito —que todavía tenía— en imprenta y papeleras, más la logística y administración a cargo de su personal"), y con el asesoramiento de Piri Lugones.²⁰ En tanto, luego del golpe militar de ese año Boris Spivacov es expulsado de Eudeba (fundada en 1958 y que hacia entonces había puesto en circulación diez millones de ejemplares).²¹ En España Jaime Salinas lanza Alianza Editorial.

1967: en la Argentina Boris Spivacov crea el Centro Editor de América Latina (CEAL).

1968: en Venezuela se funda Monte Ávila, a cargo del editor Benito Milla. En tanto, en México, el 2 de octubre tiene lugar la Matanza de Tlatelolco, durante la presidencia de Gustavo Díaz Ordaz. Pocos años después, Neus Espresate publicará las crónicas de Elena Poniatowska, recopiladas en *La noche de Tlatelolco*, y las de Carlos Monsiváis, *Días de guardar* (en 1971 y 1972 respectivamente).

Esta rápida enumeración, que dista de ser exhaustiva, exhibe un estado de situación de cierta efervescencia en el universo editorial latinoamericano e hispanoparlante (si contamos Alianza y los vínculos con los exiliados españoles). Proyectos editoriales innovadores, que se dirigen a un público interesado y amplio al tiempo que lo crean, y que son concebidos también como forma de intervención política (e incluso como continuidad de cierta militancia por otros medios).²² Estos proyectos tienen su correlato en los testimonios y remembranzas de diversos protagonistas —editores, autores, periodistas, críticos—, que participan en la conformación de una mirada nostálgica respecto de ese pasado, donde las editoriales como proyectos culturales y también como forma de resistencia aparecen organizando ciertas zonas de la narrativa.

Remembranzas: México en los años sesenta

El México radiante de los sesenta...
Sergio Pitol

En los años noventa (1992 y 1995 respectivamente) la Feria del Libro de Guadalajara organizó dos homenajes notables a las editoriales que me ocupan aquí: Joaquín Mortiz y Era. En ambos casos, se publicó un volumen homenaje, con recuerdos y remembranzas acerca de los editores que animaron ambas iniciativas. Invariablemente, las distintas voces (todas ellas de gran prestigio en la cultura mexicana contemporánea, autores además de ambas casas) comienzan sus relatos recordando *aquellos años sesenta*:

Vivir en México los años sesenta fue una experiencia notable. A saber por qué razones una energía acumulada comenzó a apo-

derarse de la ciudad de México. Parecía que todo lo que se hacía estaba regido por la imaginación, el riesgo y la alegría. La solemnidad tradicional fue marginada durante algunos años por una avasalladora carga lúdica que no le dio paz ni cuartel.²³

"En los años sesenta Ediciones Era comienza, y el proyecto es y parece distinto porque, además de todo, el momento de América Latina es ecléctico, y Era surge como proyecto latinoamericano. Se cree en el cambio (que la mayoría adjetiva: cambio *revolucionario*), se observa con detalle lo que pasa en Cuba (no hay información disponible sobre las UMAP, las Unidades Militares de Ayuda a la Producción, el esbozo de campo concentracionario), se viven con pasión las teorías de la dependencia y, por primera vez desde los treinta, la izquierda cultural está a la vanguardia, una izquierda desestalinizada, crítica, alejada del lenguaje torrencialmente histórico de Vicente Lombardo Toledano.²⁴

Decir 1960 equivale a nombrar otro país, otro mundo. (Pocas de las editoriales que existían entonces siguen en pie. Haber sobrevivido a todas las tempestades de un cuarto de siglo y una década más ya es un mérito admirable. Resistir, persistir y cambiar contra todos los obstáculos son los rasgos que definen la asombrosa continuidad de ERA).²⁵

[...] don Joaquín Díez-Canedo fue lo suficientemente visionario al extender a los jóvenes escritores de los sesenta un rotundo certificado de adscripción a una sociedad tan cerrada como era la de entonces, en tiempos de Díaz Ordaz, avalando de este modo a esa generación destinada a caer en Tlatelolco, y a todas las generaciones que, después de recoger los cadáveres en la plaza, ocuparon un lugar muy distinto en la vida pública de México y cambiaron la vida privada rápidamente.²⁶

Recordar esa época en este tiempo de yupis tristes me hace pensar que vivir era una fiesta permanente. Todo parecía coadyuvar a ese fin: 'La Cultura en México', el suplemento que dirigía Fernando Benítez, la revista *Universidad de México* de Jaime García Terrés, el teatro reinventado por los jóvenes Gurrola, Mendoza e Ibáñez, hijos legítimos y notables de 'Poesía en Voz Alta', los happenings de José Luis Cuevas, los programas radiofónicos de Carlos Monsiváis, las entrevistas de Elena

²⁰ Daniel Divinsky, "Breve historia de Ediciones de la Flor. Editar en la Argentina, ¿un oficio insalubre?", *Revista La Biblioteca*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, Vols. 4-5, 2006-2007, p. 430.

²¹ Según datos de Gregorio Weinberg, *op.cit.*, p. 76.

²² Agradezco el comentario a Constanza Symmes, comunicación personal, 20/12/2013.

²³ Sergio Pitol, "El México radiante de los años sesenta", en *Editorial Era. Libro homenaje*, Guadalajara, 1995, p. 15.

²⁴ Carlos Monsiváis, "A los treinta y cinco años de Era", en *Editorial Era. Libro homenaje, op.cit.*, p. 19.

²⁵ José Emilio Pacheco, "La Era de Neus Espresate", en *Editorial Era. Libro homenaje, op.cit.*, p. 21.

²⁶ Jaime Avilés, citado por Aurora Díez Canedo, "Joaquín Mortiz. Un canon para la literatura mexicana del siglo XX", en Natalia Corbellini (ed.), *Huellas de la Constitución de Cádiz. Diálogos transatlánticos y mercado editorial* (Volumen IV de Mabel Macciuci (dir), *Diálogos transatlánticos. Memoria del II Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas*), La Plata, Fahce-UNLP, 2012, p. 8. Recordando una de las más destacadas elecciones editoriales de Joaquín Díez Canedo, Jaime Avilés señala que "si la literatura de la onda no reportó mayores beneficios a la literatura en sí misma, su aparición en una editorial tan prestigiosa como Mortiz, contribuyó sin duda a consolidar un espacio de mayor tolerancia social para los jóvenes y, si esto no sirvió para crear un sistema político más potable, al menos redujo el control autoritario que la iglesia y el estado ejercían sobre los jóvenes..." (*ibidem*, p. 2).

Poniatowska, la presencia de Juan García Ponce, Salvador Elizondo, José de la Colina y Juan Vicente Melo en las actividades de la Casa del Lago, las apariciones magnéticas de Carlos Fuentes, de Ibagüengoitia, la rebelión de los pintores, las conversaciones en locales que no cerraban nunca, la aspiración a crear una nueva literatura, una nueva pintura, un nuevo cine y teatro y, más que eso, una nueva vida, propiciaron muchos nacimientos, entre otros los de tres editoriales extraordinarias: ERA, Joaquín Mortiz y, más tarde, Siglo XXI.²⁷

Los testimonios y remembranzas se suceden, innúmeros, en los últimos años, en consonancia con cierta revalorización de proyectos editoriales fundantes, que los propios actores del mercado contemporáneo y las instituciones que los nuclean (la importante Feria del Libro de Guadalajara entre ellas) se ocupan de instalar. No se trata tanto de una mirada crítica respecto de ese pasado —a excepción, quizá, de la siempre lúcida caracterización de Monsiváis— sino, antes bien, de cierta épica de los comienzos que esa *memoria que inventa* (parafraseando a Pacheco) permite escenificar. En cualquier caso, los años sesenta como comienzo y como cierre (Matanza de Tlatelolco mediante) están unidos, en México y en buena parte del continente, a la concepción de la labor editorial como proyecto cultural y político, como modo de intervención efectiva; también como puente de consolidación de un público lector que comenzó a gestarse en los años treinta y cuarenta, y que en este contexto impulsa la circulación tanto de narrativa como de ensayo de intervención en el ámbito nacional e internacional, como veremos a continuación al analizar la retórica de los comienzos y las inflexiones de estos catálogos.

Los comienzos

Más allá de estas consideraciones generales, toda entrevista y toda remembranza sobre Era y Joaquín Mortiz suele remontar su relato a los orígenes y los comienzos. Los orígenes están invariablemente asociados a la Guerra Civil Española y el corolario de migración y exilio para estos editores (tanto Díez Canedo como los Espresate); además, suman cierta épica al trabajo editorial, que reúne juventud, ideal, independencia y ausencia de avidez económica (elementos que se reiteran en todas las intervenciones que he podido rastrear, tanto de editores como de autores, desde los años noventa hasta 2013). Veamos rápidamente dos relatos.

Con respecto a Era, Vicente Rojo señala que: “el inicio tiene que ver con Imprenta Madero y también con mi trabajo en el suplemento ‘México en la Cultura’, y con el equipo que Fernando había reunido. [...] Ahora, el principio de Era fue realmente por una charla con Jordi y con Azorín. Yo les pregunté si en los tiempos muertos de la imprenta —la imprenta comenzaba y no tenía trabajo continuo— podíamos hacer libros. [...] Hablaron con don Tomás y regresaron con su propuesta: armar una editorial con cinco socios, Neus, Jordi y Francisco Espresate, José Azorín y Vicente

Rojo. [...] Para concretar, dijo que cada uno de los socios pondría veinte mil pesos (de aquella época) como pudiera, de a poco, porque ninguno tenía nada. [...] Entonces, de ese grupo con esas tres Es, una R y una A sale ERA. Además, don Tomás puso todavía otra condición que a mí me pareció también muy asombrosa: dijo que no quería a ninguna persona mayor en la editorial, la van a hacer ustedes, dijo claramente, puros jóvenes”.²⁸

En cuanto a Joaquín Mortiz, Aurora Díez Canedo, su hija, recuerda que: “Empezando por su nombre, Joaquín Mortiz fue una editorial de editor, estrechamente ligada a la vida, al talento y al olfato de Joaquín Díez-Canedo, como otros y él mismo lo manifestaron en testimonios y entrevistas. ‘El nombre dio lugar a algunas especulaciones y confusiones con Motriz y Moritz, y alguna que otra broma macabra (el *rigor mortis* de Joaquín). Responde a que cuando yo estaba en Madrid ... [se refiere a los años 1939-1940] por esa paranoia que traíamos todos, cuando me escribían mis padres, desde México me ponían J.M. Ortiz, pues mi nombre completo es Joaquín Díez-Canedo Manteca Ortiz [en realidad usaban los dos apellidos maternos para no usar el paterno]. Me gustó el nombre que se formaba y decidí bautizar así la editorial [...] a mí no me gustaban esos nombres como Nuevo Mundo o cosas así, yo quería un nombre propio para la editorial”.²⁹

Ahora bien, si como señala Edward Said, “el comienzo no es sólo un tipo de acción, también es un marco conceptual, un tipo de trabajo, una actitud, una conciencia”,³⁰ el relato de los comienzos de Era cobra el peso específico de lo fundante, le da sentido a lo posterior e incluso se constituye en relato único de la historia de una editorial. Más allá de lo señalado por Vicente Rojo en la cita referida al comienzo, poco cambian los “recuerdos” de sus protagonistas en toda entrevista, en las que invariablemente se hace referencia al origen. Dos dimensiones aparecen siempre: la figura señera de Tomás Espresate (que articula este proyecto con los ideales y los sufrimientos de la Guerra Civil Española), y la idea de la juventud asociada a una posición política clara. Se trata de crear una imagen de la edición como una épica del compromiso, sumada a la renuencia de ver ese trabajo como un espacio mercantil (Rojo señala que, en principio, nadie sacaba un peso, todo se reinvertía: pasan once años hasta que Neus, Vicente y otros comienzan a cobrar por sus trabajos como editores). Este posicionamiento, central pero excéntrico a un tiempo, se sustenta además en el uso de los tiempos muertos de la Imprenta Madero que dirigía don Tomás y en la circulación de personajes, textos e ideas a través de la Librería Madero (famosa aún hoy), ubicada en el centro de México y en la que trabajaba Neus: un verdadero polo cultural de imprenta, editorial y librería.

En buena medida, entonces, la editorial se alimenta de estos contactos, estos tiempos sobrantes, estos márgenes: la épica de lo independiente se sustenta en la imagen de la edición como tác-

²⁷ Sergio Pitol, “El México radiante de los años sesenta”, en *Editorial Era. Libro homenaje*, *op.cit.*, p. 15.

²⁸ Vicente Rojo, “Entrevista con Neus Espresate y Vicente Rojo”, en *Editorial Era. Libro homenaje*, *op.cit.*, p. 64.

²⁹ Aurora Díez Canedo, *op.cit.*, p. 5.

³⁰ Edward Said, *Beginnings. Intention and Method*, Nueva York, Columbia UP, 1995, p. 3 (traducción mía).



tica, como desvío en los tiempos muertos del negocio efectivo. También como apuesta cultural y como restitución: leer aquellos libros franceses importantes que llegaban a la librería y que no se traducían,³¹ publicar aquello que el franquismo no permitía publicar en España, etc., todo lo cual exhibe el impacto del exilio republicano en estos catálogos. Se trata, eso sí, de una épica grupal: y esa es una flexión fundamental que es preciso reconocer en ERA y que la diferencia de la mayoría de los proyectos mexicanos y latinoamericanos, como Joaquín Mortiz, Siglo XXI, Arca, Alfa, Monte Ávila, Eudeba o CEAL.³²

En tanto, la dimensión del nombre propio, las autofiguras y la construcción de una figura señera de editor (con tanto peso o más que las figuras de autor), a lo que se añade también cierta nostalgia o melancolía del tiempo pasado, tienen lugar en especial en los relatos acerca de Joaquín Mortiz (y su correlato en la mayoría de las editoriales mencionadas hace un momento). Las referencias acerca de Díez Canedo componen la imagen de un editor definido a partir de una voluntad férrea, un saber claro e innovador respecto de la literatura, una gran agudeza crítica sumada a la obsesión de un corrector implacable. Ya desde el nombre propio (que es y no es el de don Joaquín, y que en su origen remite a la marca fundante de la Guerra Civil Española), parece tratarse de un proyecto individual, de un editor que no encuentra el espacio que le correspondería (a él y a sus textos) en el gigante Fondo de Cultura Económica. Nos reencontramos con una épica, pero ahora en la figura individual del editor como visionario, como demiurgo incluso: un verdadero agitador cultural que pareciera poder nuclear en torno a sí la configuración de un canon de la vanguardia literaria mexicana *anche* latinoamericana.

Recordemos, no obstante, que estamos ante imágenes y relatos, no tanto ante datos efectivos; también ante modos de leer la historia editorial y cultural que enfatizan las biografías y los discursos del yo, quizá debido a la dificultad enorme que implica ampliar el espectro cuali-cuantitativo. En cualquier caso, este formato constituye un verdadero modelo, que se replica en otras historias editoriales: la figura de Orfila Reynal en México, la de Benito Milla, entre Montevideo y Venezuela, las de Daniel Divinsky y Jorge Álvarez en la Argentina, por nombrar unos pocos.

Los catálogos

Como dice L.P. Hartley, en ese país extranjero que constituye el pasado actuábamos de un modo diferente. No nos unían contratos ni estrategia de promoción y venta, sino el resplandor de la amistad.

José Emilio Pacheco

³¹ Neus Espresate, entrevista personal, 14/03/2013.

³² Respecto de las experiencias de Alfa y Arca, y el peso de la figura de Ángel Rama en este contexto, remito al libro de Alejandra Torres Torres, *Lectura y sociedad en los sesenta: a propósito de Alfa y Arca*, Montevideo, Yaugurú, 2013.

Como es previsible, más allá de los comienzos con algunos títulos puntuales (*La batalla de Cuba* de Fernando Benítez en 1960 en Era; *Oficio de tinieblas* de Rosario Castellanos en 1962 en Joaquín Mortiz), progresivamente ambos catálogos se organizaron en torno a colecciones, algunas de larga pervivencia, y otras (como el caso de "Ancho Mundo") de un enorme impacto seguido de un declive progresivo.

En el caso de Era, la épica de los comienzos se articula en torno a un proyecto definido claramente como "de izquierda" por sus protagonistas (Los Espresate y Rojo), y como continuidad de la tradición crítica republicana. En palabras (críticas y algo estereotípicas) de Héctor Manjarrez, "evidentemente [Era es una editorial de izquierda]. Y el alma de ese espíritu de izquierda (*nunca* partidario; lo que quiero decir es: espíritu de justicia) han sido sobre todo Neus, Fito [Adolfo Sánchez Rebolledo] y luego Rubén Jiménez Ricárdez. Ellos tres han representado la lucha por una izquierda que vaya más allá de sus múltiples y constantes estupideces".³³ Esta autodefinición como "republicanos mexicanos" a la que hice referencia antes citando a Rojo y la modelización de esta propuesta editorial como de izquierda apartidaria y marxista (que en ese contexto, para México, significa separarse de cierta ortodoxia y lenguaje rústico, además de la marca stalinista, que Monsiváis ejemplifica en la polémica figura de Vicente Lombardo Toledano), organiza los textos inaugurales del catálogo así como buena parte de su producción durante toda la década del sesenta.³⁴ Se trataba, en palabras de Manjarrez, de "buscar una teoría general de América Latina",³⁵ atendiendo a cierto clima de época con el que los editores se sentían particularmente comprometidos, y de poner en circulación miradas críticas que renovaran también los discursos de (y respecto de) la izquierda. Esa teoría general no implicaba sólo revisar algunos clásicos, traducir o retraducir otros del pensamiento marxista (como veremos enseguida), sino también prestar especial atención a teóricos y críticos de los movimientos poscoloniales que marcaban, en el por entonces "Tercer Mundo", el rumbo y el latido de una época.

En este sentido, el gesto inaugural de Era fue prometedor y se sostuvo a lo largo de, al menos, veinte años (cuando la literatura y, en especial, la narrativa, ganó el terreno que en los sesenta tenía el ensayo crítico). Una de las primeras y más famosas colecciones de Era fue "Ancho mundo", en la cual en 1960 se publicó el primer libro de la editorial, el reportaje *La batalla de Cuba* de Fernando Benítez (con una primera edición de 5.000 velozmente agotada). A este volumen le siguieron, en rápida y sintética enumeración, *España heroica* del Gral. Vicente Rojo en 1961 (con una tirada de 2.500 ejemplares); de Norman Phillips,

³³ "Son gente muy rara: entrevista a Héctor Manjarrez", en *Ediciones Era*. 35 años, *op.cit.*, pp. 45-46; el subrayado es del original.

³⁴ La polémica entre Monsiváis y Lombardo Toledano es conocida en México; el segundo pasa a representar para el primero la "izquierda ortodoxa", caracterizada de manera negativa: "Vicente Lombardo Toledano, stalinista y partidario del Régimen de la Revolución Mexicana", quien colabora en la revista *Siempre!* de José Pagés Llergo (Carlos Monsiváis, *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, México, Era, 2006, p. 88)

³⁵ "Son gente muy rara: entrevista a Héctor Manjarrez", en *Ediciones Era*. 35 años, *op.cit.*, p. 46.

Sudáfrica: la tragedia del Apartheid, en 1962;³⁶ de K. S. Karol, **Kruschov y Occidente**, publicado en 1963 con una tirada de 2.000 ejemplares;³⁷ **La guerra de Vietnam** de Wilfred G. Burchett, publicado en 1965 con una tirada inicial de 3.000 ejemplares y dos ediciones más entre octubre de 1965 y diciembre de 1966;³⁸ y de Martin Luther King, James Baldwin y Malcolm X, **La protesta negra** (en 1965, con una tirada inicial de 3.000 ejemplares), entre otros.³⁹

Pero “Ancho Mundo” dialogaba con y se entrelazaba a partir de otra colección, que incluía ensayos y reflexiones sobre México, así como importantes biografías y textos fundantes sobre América Latina. Me refiero a “El hombre y su tiempo”, una serie mucho más amplia (en cantidad de títulos) que incluyó libros fundamentales y polémicos como **Los marxistas** de C. Wright Mills — con dos ediciones de 5.000 ejemplares entre 1964 y 1966—,⁴⁰ o **La democracia en México** de Pablo González Casanova, editado con 3.000 ejemplares en 1965 y que hasta 2008 llevaba vendidos 200 mil ejemplares en 32 ediciones (lo que lo coloca como el título más trascendente de la colección). A ello se suman las fundamentales obras de Isaac Deutscher **Stalin. Biografía política**, editado por primera vez en 1965,⁴¹ y **Troskty**, la biografía en tres volúmenes, editada entre 1966 y 1969.⁴² En ese sentido, los textos de Deutscher y la figura de un intelectual mediador fundamental como Fernando Benítez cobran un rol protagónico y muestran los caminos de circulación y difusión del libro de Era. En efecto, si el **Stalin** llegó a Era de la mano de Benítez (en la edi-

ción en francés), pronto contribuyó a consolidar el prestigio y la imagen de la editorial en todo el continente, como explícitamente señala Neus: “Entonces la fama de Deutscher era enorme. Llegabas a cualquier lugar de América Latina y nos preguntaban con incredulidad: ¿ustedes son los editores de Deutscher?”⁴³ Con respecto a América Latina, la colección también presenta libros emblemáticos como la **Obra revolucionaria** de Ernesto “Che” Guevara, con selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar, editada en 1967 con una tirada de 4.000 ejemplares;⁴⁴ **Sociología de una revolución**, de Frantz Fanon (1968);⁴⁵ **Ensayos sobre América Latina**, de Régis Débray (1969);⁴⁶ o **Cristianismo y revolución**, de Camilo Torres (1970).

Por último, entre las colecciones me interesa destacar la “Biblioteca Era”, que publica ensayo, narrativa y crónica, elección genérica algo ecléctica que, no obstante, mantiene una coherencia en cuanto al tipo de libros (y autores) seleccionados. Una breve muestra: de Fernando Benítez (asesor de la editorial) se publicaron en esta biblioteca dos textos emblemáticos como **Los primeros mexicanos** (1962) y **Los indios de México** (en 1967), que continúan reeditándose;⁴⁷ de Georg Lukács, un texto clave para la crítica literaria y los debates culturales en la época, **Significación actual del realismo crítico**,⁴⁸ de Malcolm Lowry, **Bajo el volcán**, libro emblemático de Era publicado por primera vez en 1964.⁴⁹ Entre los latinoamericanos vinculados de manera directa o periférica con el boom y con la renovación narrativa en el continente (entre la literatura femenina y el denominado “neobarroco”), en esta biblioteca también se cuentan Gabriel García Márquez con **EL coronel no tiene quien le escriba** de 1961 y **La mala hora** de 1966;⁵⁰ Sebastián Salazar Bondy con **Lima la horrible** (publicado en 1964 y hoy agotado); Rosario Castellanos (cuya obra central publicó Joaquín Mortiz) con **Los convidados de agosto** (1964);⁵¹ José Lezama Lima, con la fabulosa **Paradiso** (1968), editada por recomendación de Julio Cortázar; Mario Benedetti con **Gracias por el fuego** (1969)... Por último, en la Colección “Alacena” (una suerte

³⁶ Publicado originalmente en 1960 en Toronto por Longmans Green & Co, para Era lo tradujo Francisco Álvarez Iraola. Agotado en la actualidad, según datos del catálogo realizado por Neus Espresate, **Ediciones Era. 50 años**, México, Era, 2010, p. 158.

³⁷ Edición original de Julliard en París, 1961; agotado en la actualidad (Neus Espresate, *ibidem*, p. 135).

³⁸ Edición original de International Publishers, también de 1965; traducido por José Luis González; agotado en la actualidad (Neus Espresate, *ibidem*, p. 125).

³⁹ Según Neus Espresate, “se tomó como base una parte de la edición de Beacon Press, 1963” (*ibidem*, p. 156) ya que la edición en castellano, traducida por Felipe Sarabia, contaba con 140 páginas. Agotado en la actualidad.

⁴⁰ Traducido por José Luis González y Enrique González Pedrero, a partir de la edición original de 1962 en Brandt & Brandt, también se reeditó en los setenta, en dos oportunidades, con tiradas de 4.000 ejemplares en cada caso. En la actualidad se encuentra agotado (véase Neus Espresate, *ibidem*, p. 141).

⁴¹ Traducido por José Luis González a partir de la edición original de Oxford University Press de 1949, tuvo una edición y cuatro reimpressiones entre 1965 y 1988, con un total de 16 mil ejemplares (Neus Espresate, *ibidem*, p. 166).

⁴² La trilogía más emblemática de Deutscher y de Era, traducida por José Luis González a partir de la edición en inglés de Oxford University Press de 1954, 1959 y 1963 respectivamente. Del primer tomo, **Trotsky, el profeta armado 1879-1921** se publicaron una edición y cinco reimpressiones entre 1966 y 1987, con un total de 19 mil ejemplares. Del segundo tomo, **Trotsky, el profeta desarmado 1921-1929** se publicó una edición y cinco reimpressiones entre 1968 y 1989, con un total de 17 mil ejemplares. Por último, de **Trotsky, el profeta desterrado 1929-1940**, se publicaron una edición y cuatro reimpressiones entre 1969 y 1988, con un total de 16 mil ejemplares. Los tres tomos se encuentran descatálogos en la actualidad (Neus Espresate, *ibidem*, p. 170). De Deutscher, Era publicó asimismo **Lenin, los años de formación** (1970), **El maoísmo y la Revolución Cultural China** (1971), **El marxismo de nuestro tiempo** (1975), **La revolución inconclusa. 50 años de historia soviética** (1967, trad. José Luis González, 21 mil ejemplares vendidos en seis ediciones hasta 1980), **Rusia, China y Occidente** (1974) y **Los sindicatos soviéticos** (1971), todos traducidos para la editorial por José Luis González (con excepción del penúltimo título mencionado, traducido por Félix Blanco). A pesar de su éxito entre los sesenta y los setenta, y de las reediciones de fines de los ochenta, en consonancia con la debacle de la URSS todos estos libros se encuentran agotados en la actualidad.

⁴³ Neus Espresate, “Entrevista con Neus Espresate y Vicente Rojo”, en **Ediciones Era. 35 años**, *op.cit.*, p. 61.

⁴⁴ Hasta 1989 se hicieron diez reimpressiones, con un total de 39 mil ejemplares; en la actualidad se encuentra agotado.

⁴⁵ Traducido por Víctor Flores Olea, tuvo tres ediciones entre 1968 y 1976, con un total de 11 mil ejemplares. Agotado en la actualidad (Neus Espresate, **Ediciones Era. 50 años**, *op.cit.*, p. 166).

⁴⁶ Con cuatro ediciones entre 1969 y 1981, se tiraron en total 12 mil ejemplares. En la actualidad se encuentra agotado. (Neus Espresate, *ibidem*, p. 117).

⁴⁷ El primero tuvo nueve ediciones y veintiuna reimpressiones, con un total de 31 mil ejemplares hasta 2008; el segundo tuvo una primera edición de 4.000 ejemplares y hasta 25 mil volúmenes en nueve ediciones.

⁴⁸ Traducción de María Teresa Toral, a partir del original de Classen, hasta 1984 tuvo cinco ediciones; agotado en la actualidad. Del mismo autor Era también publicó **La novela histórica** en 1966, con traducción de Jasmin Reuter a partir de la edición alemana de Aufbau Verlag.

⁴⁹ Traducido por Raúl Ortiz Ortiz a partir de la edición de 1947. Con dieciocho ediciones hasta 2008, lleva impresos 34 mil ejemplares.

⁵⁰ El primero tuvo una edición de mil ejemplares en su momento; hasta 2008 se imprimieron 325 mil ejemplares en 41 reimpressiones y es uno de los mayores *long sellers* de la editorial, traccionado, claro está, por el éxito posterior del escritor colombiano. El segundo, publicado cinco años después de que **Cien años de soledad** apareciera en Sudamericana de Buenos Aires, tuvo una primera edición de 2000 ejemplares, y hasta 2008 lleva 67 mil ejemplares en 21 ediciones.

⁵¹ Otro de los libros fundamentales de Era, hasta 2008 tuvo veintidós reimpressiones con un total de 43 mil ejemplares.

de “laboratorio” literario que alcanzó gran renombre), Era publicó en 1962 *Aura* de Carlos Fuentes, otro de los grandes *long sellers* de la editorial.⁵²

De este modo, si el catálogo de Era incluye desde el principio una fuerte elección de libros de ensayo en su momento polémicos como los de Benítez y González Casanova, que contribuyeron a crear una imagen de editorial ligada al pensamiento de izquierda latinoamericano (y occidental) —que además en los años setenta se afianzará con la publicación cuatrimestral de la revista **Cuadernos políticos**—, Joaquín Mortiz se afirma desde el principio en la impronta literaria de innovación, y publica lo que luego fue denominado —a partir del análisis de Margo Glantz— “literatura de la onda”, con José Agustín y su **De Perfil** a la cabeza. De hecho, los primeros títulos de Joaquín Mortiz fueron enormemente significativos para la cultura mexicana posterior. Entre muchos otros, pueden mencionarse a **Oficio de Tinieblas** de Rosario Castellanos (Premio Sor Juana 1962); **Las tierras flacas** de Agustín Yañez (1962); **La Feria** de Juan José Arreola (1963, con tapa de Vicente Rojo); **Los recuerdos del porvenir** de Elena Garro (1963); **Los albañiles** de Vicente Leñero (1964, ganadora del Premio Seix Barral, plataforma de difusión de autores latinoamericanos por entonces);⁵³ **Los relámpagos de agosto** de Jorge Ibarguengoitia (1964); **De Perfil** de José Agustín (1966); y **Ladera Este** de Octavio Paz (1969). Este muestreo —que, como señaló Danny J. Anderson, mucho le debe a relaciones profesionales y personales tejidas por Díez Canedo durante veinte años de trabajo en FCE—,⁵⁴ se constituye *a posteriori* como marca de diferenciación respecto de otras editoriales independientes. Por citar un solo ejemplo, muy significativo, Aurora Díez-Canedo explica que “a diferencia de sus contemporáneas Era y Siglo XXI, Joaquín Mortiz nació con un proyecto decididamente literario, si bien con el tiempo incluiría en su catálogo libros de sociología y política, psicoanálisis, historia a nivel de divulgación y antropología”.⁵⁵ Sus colecciones más relevantes fueron (hasta 1981): “Novelistas Contemporáneos, con 41 títulos; Nueva Narrativa Hispánica, 86 títulos; Serie del Volador (serie de bolsillo), 145 títulos; Las Dos Orillas, colección de poesía, con 51 títulos; Confrontaciones, 20 títulos; Cuadernos de Joaquín Mortiz, 57 títulos, y algunas bibliotecas de autor, como la de Max Aub, Arreola, Oscar Lewis y Enrique Díez Canedo, por ejemplo”.⁵⁶ El variado arco constituye una muestra fundamental de la cultura mexicana de esos años; además de los mencionados, incluye nombres como el de Carlos Fuentes (**Cambio de piel** de 1967, Premio Biblioteca Breve; también publicará más tarde **Terra Nostra**), Juan García Ponce, Héctor Manjarrez, Jorge Aguilar Mora, Salvador Elizondo (**El grafógrafo**), Vicente Leñero (**Los periodistas**), Sergio Pitol y, claro, más adelante, la espléndida novela **Morirás lejos** de José Emilio Pacheco. Este muestreo exhi-

be, además, la lógica de la circulación cultural de obras y autores que, lejos de quedar confinados a una sola casa o un gran conglomerado editorial, tejieron la trama de la cultura latinoamericana por medio de dinámicas de edición, traducción, asesoramiento e impresión de sus obras: la literatura y el ensayo entendidos, por autores y editores, como herramientas fundamentales de religación continental.

Ahora bien, como ya señalé en un trabajo anterior,⁵⁷ si bien tradicionalmente se ha caracterizado a estas editoriales en función del pensamiento político de izquierda (Era) o bien de la literatura renovadora (Joaquín Mortiz), ante una mirada comparativa de los catálogos la afirmación cae por su propio peso y podría funcionar incluso como retruécano para el caso de Era. De hecho, esta última tiene sus “caballos de batalla” centrales en varios escritores mexicanos de enorme reconocimiento: Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska, Sergio Pitol y José Emilio Pacheco, a quienes empieza a publicar en los tempranos años sesenta y comienzos de los setenta. La diferencia se difumina aún más si proponemos una pequeña lista: Rosario Castellanos,⁵⁸ Octavio Paz,⁵⁹ Carlos Fuentes,⁶⁰ y José Emilio Pacheco⁶¹ (por nombrar sólo algunos) publicaron sus textos en ambas editoriales, lo cual también les valió, de parte de don Joaquín, algunas amargas quejas (en especial en los casos de Paz y de Fuentes).⁶² Con esto no quiero decir que los catálogos sean semejantes, sino que la diferencia es menos aguzada de lo que se pretende, en especial respecto de los textos literarios. Ambas casas apostaban a la innovación y a la juventud y prestigio de sus autores, y por ello publicaron desde narrativa de vanguardia hasta poesía (Joaquín Mortiz), o libros que entrecruzaban lo literario y las artes plásticas (en especial en Era). Eso muestra también un espíritu común que engloba a varios editores independientes y un auspicioso latir de una época singular en la literatura mexicana y continental, que excedía en mucho el siempre polémico *boom* de la narrativa latinoamericana.

Dada esta heterogénea composición de los catálogos, ¿por qué la necesidad de identificar una editorial con un género o un tipo de libro, cuando en verdad la práctica editorial abarca numerosos y diversos? Creo que el hecho de definirse como “independientes”, sumado al siempre idealizante relato de comienzos, fuerza a reconstruir, *a posteriori*, una identidad editorial cierta y algo unívoca, tanto para subrayar el rol señero del editor (Joaquín Díez Canedo, quien dirigió la colección “Letras Mexicanas” para FCE; Neus Espresate, de quien varios —Elena Poniatowska, Roger Bartra, Bolívar Echevarría— subrayan una cultura política amplia e insoslayable), como para diferenciarse entre sí, en pos de una parte del mercado, por pequeña que fuera. Recordemos que ambas

⁵² Se trata del mayor éxito de ventas de Era, con un millón ciento cincuenta y dos mil ejemplares en 54 reimpresiones (cifra que continúa en aumento).

⁵³ Sobre premios y difusiones, véase el trabajo de José Luis de Diego, “Sobre Premios literarios, editoriales y mercado”, ponencia en el VIII Congreso *Orbis Tertius*, La Plata, UNLP, 8 de mayo de 2012.

⁵⁴ Danny J. Anderson, “Creating Cultural Prestige: Editorial Joaquín Mortiz”, *Latin American Research Review*, Vol. 31, n° 2, pp. 3-42.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 1.

⁵⁶ Aurora Díez Canedo, “Joaquín Mortiz”, *op.cit.*, p. 2.

⁵⁷ Valeria Añón, “Ediciones Era y Joaquín Mortiz: de los comienzos al catálogo” en *Actas del I Coloquio Argentino de Estudios sobre El libro y La Edición*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2012.

⁵⁸ Publicó en Era **Los convidados de agosto**.

⁵⁹ Publicó en Era **Apariencia desnuda. La obra de Marcel Duchamp; La hija de Rapaccini y Un sol más vivo** (antología poética).

⁶⁰ Publicó en Era **Aura, Los días enmascarados y Una familia lejana**.

⁶¹ Publicó en Joaquín Mortiz **Morirás lejos** (1967), **No me preguntes cómo pasa el tiempo** (1969) y **El principio del placer** (1972).

⁶² Danny J. Anderson, “Creating Cultural Prestige”, *op.cit.*, p. 6.

editoriales se gestan en un marco en el que FCE (fundada en 1934 y conducida por Daniel Cosío Villegas primero y Arnaldo Orfila Reynal luego, hasta 1965) tiene ya un rol y un peso (político, cultural, económico) fundamental en el ámbito mexicano y continental. Por otro lado, ni Era ni Joaquín Mortiz surgen en un páramo: la destacable industria editorial mexicana (segunda en importancia y volumen en esos años, luego de la Argentina) presentaba hitos del estilo de la Biblioteca Americana (fundada por Pedro Henríquez Ureña en 1947 para FCE) y Tierra Firme (en la misma editorial), y editoriales como Porrúa, Grijalbo o Diana, con importantes colecciones de ficción.⁶³

Para comprender un poco más este tipo de construcción de identidades editoriales, quisiera volver en este punto a la caracterización que ofrece Pierre Bourdieu respecto a la doble dimensión del libro, simbólica y económica, para subrayar dos aspectos.⁶⁴ En primer lugar, la constatación de que estos relatos de comienzos configuran una épica de la edición, que relega el aspecto mercantil a un segundo plano, muy lejano en decisiones y aspiraciones; en segundo lugar, la hipótesis de que, en términos efectivos, este aspecto no está relegado sino que, en buena medida, constituye el centro de la estructura de parte de los catálogos: la conformación sesgada de una identidad bien definida para cada editorial contribuye a esa delimitación. Se configura así un público específico, se aseguran en alguna medida cierta recepción, subrayando términos como "prestigio", "calidad" o "ética". No obstante, una lectura diacrónica —que excede el marco temporal que en principio atiende en este trabajo— exhibe cierta falacia en este tipo de argumentaciones. Si la colección "Ancho Mundo" de Era se mantuvo hasta mediados de los setenta, en un contexto latinoamericano especialmente permeable a ese tipo de ensayos políticos, a partir de entonces esos libros dejaron de reimprimirse y la mayoría se encuentra agotada hoy, según datos de la propia Neus Espresate. Cambia el contexto, claro; cambian las posibilidades de circulación del pensamiento político latinoamericano; en alguna medida cambia también el público, arrasado por la era de las dictaduras desde 1973. "Lo que persiste es la literatura", afirmaba Espresate en una entrevista de 2013, y así parece mostrarlo el catálogo.⁶⁵

¿Cambieron las ideas o las búsquedas de los editores en esos años? Poco, si hemos de creer a sus testimonios. No obstante, más allá de las alusiones a lo simbólico, el eje económico está en el centro, de allí que fueran capaces de ajustarse a un cambio de intereses y de lectorados, así como a la transformación en el horizonte mismo de lo decible y lo publicable en América Latina. Destaquemos, además, la capacidad de mutación de este catálogo de Era, que ante la restricción dobla la apuesta, a partir de su vínculo estrecho con **Casa de las Américas** y Roberto Fernández Retamar, con la publicación de los **Cuadernos políticos** a partir

de 1973 y, ya en los años ochenta, con la traducción de los seis volúmenes de **Cuadernos de la cárcel** de Antonio Gramsci, publicados entre 1981 y 2001.⁶⁶

Algo semejante (aunque más radical) ocurre en el caso de Joaquín Mortiz: si en un principio, según relatos de sus propios autores (como Juan Villoro, por ejemplo), el sostenimiento de las ediciones recae sobre los magros sueldos de sus colaboradores y cierto olvido en el pago de regalías,⁶⁷ finalmente en los años ochenta la editorial no puede hacer frente al contexto de crisis que afecta a México, y se incorpora al grupo Planeta, dentro del cual desaparecerá progresivamente (aunque aún hoy se editen algunos títulos con su sello). Entonces, detrás de esas decisiones no está solamente el prestigio, sino la dimensión económica del libro como valor de cambio, y sus posibilidades de circulación y supervivencia.

Coda

Para cerrar este breve panorama, quisiera señalar apenas dos dimensiones más que considero que es preciso analizar en profundidad, en una perspectiva diacrónica y continental respecto del mercado editorial y sus políticas culturales: se trata de las migraciones y las religaciones. Si pensamos la literatura latinoamericana en su conjunto veremos que, al menos desde el modernismo finisecular, han tenido lugar procesos de religación efectivamente vinculados con cambios en las comunicaciones, migraciones y exilios, y las figuras señeras de intelectuales y escritores (José Martí, Rubén Darío y Gutiérrez Nájera, por ejemplo) que actuaban como verdaderos referentes y agitadores culturales en torno a una nueva propuesta estética continental, como brillantemente lo analizó Susana Zanetti.⁶⁸ Me gustaría proponer que, en cierta medida, los editores americanos, al menos en los años sesenta y setenta, retomaron algo de esa línea y esos roles, y contribuyeron a difundir (en América Latina y hacia otras lenguas) la narrativa y el pensamiento de izquierda y poscolonial de los cincuenta y sesenta.

No obstante, es preciso reparar en otra dinámica que se entrecruza con ésta: la del exilio republicano (aunque también franquista, a pesar de que las historias editoriales no lo planteen de manera tan clara) y su incidencia en el campo editorial latinoamericano. Ya José Luis de Diego lo explicó en sus trabajos: la caracterización respecto de la fundación del universo editorial americano a partir del exilio español es más una imagen y un estereotipo que un hecho efectivo; ninguno de estos editores llegó a un páramo, y sus catálogos se construyeron de la mano del trabajo de autores, traductores, correctores y armadores latinoamericanos, formados en las décadas precedentes.⁶⁹ No obstante, creo que

⁶³ Respecto de la colección dirigida por Henríquez Ureña, véase el excelente trabajo de Liliana Weinberg, *Biblioteca Americana. Una poética de la cultura y una política de la lectura*, México, FCE, 2014.

⁶⁴ Pierre Bourdieu, "Campo intelectual y proyecto creador", *Campo de poder y campo intelectual*, Buenos Aires, Folios, 1983.

⁶⁵ Neus Espresate, entrevista personal, Coyoacán, México, 14/3/2013.

⁶⁶ Los seis volúmenes fueron traducidos del italiano por Ana María Palos y se publicaron en 1981 (los dos primeros), 1984, 1986, 1999 y 2001. Del mismo autor Era publicó las *Cartas de la cárcel* en 2003.

⁶⁷ Juan Villoro, "Don Joaquín", *La Jornada Semanal*, 4/7/1999.

⁶⁸ Susana Zanetti, "Modernidad y religación", *op.cit.*

⁶⁹ Véase nota 7.



hay una inflexión específica, que tiene que ver con la construcción de cierta sociabilidad entre exiliados republicanos,⁷⁰ que también hace del catálogo editorial un espacio donde dirimir la batalla cultural y crítica con el franquismo.

Si toda migración (y todo exilio) implica tender nuevos lazos al tiempo que se sutura el desgarramiento, los catálogos y las historias de estas editoriales muestran, en alguna medida, la puesta en escena del trabajo del editor como búsqueda de restitución: de allí la impronta ética y política de los recuerdos. En este sentido se inserta, de manera crucial, el contexto latinoamericano de los años sesenta al que nos referimos al principio a través de las citas de Pacheco, Monsiváis y Pitol. Se trata de un espacio y un tiempo idealizados en sus posibilidades, en los cuales se gesta, también, la terrible represión de la década posterior, y que en más de un sentido tiene su quiebre con la Matanza de Tlatelolco del 68: "En Tlatelolco, el México oscuro se vengó con saña mortal del ejercicio de libertad e imaginación que había caracterizado a la época".⁷¹ Si bien esta idealización no es privativa de la historia editorial sino se extiende a otras miradas sobre los sesenta, en el universo cultural-editorial se entrelaza con otro "fenómeno" crucial que impacta en la literatura continental: el *boom* de la narrativa hispanoamericana, el rol de nuevos agentes culturales (los agentes literarios) y la construcción de un nuevo estereotipo sobre lo latinoamericano. Este desbalance conflictivo, la figura del editor como productor cultural, y la configuración del autor como polivalente crítico, traductor, corrector y lector a partir de sus experiencias en estas editoriales "independientes", es el camino por el que continúa esta investigación.

Resumen

¿Qué relación existe entre política, canon y mercado en los años sesenta? ¿En qué medida políticas editoriales, editores independientes e intervención cultural conformaron una dinámica que puede rastrearse más allá de las fronteras de lo nacional? Si mucho se ha escrito respecto de proyectos editoriales emblemáticos en la Argentina de esa época, como EUDEBA o CEAL, resta presentar una aproximación comparativa que aborde estas experiencias en un marco continental. En este sentido propongo volver sobre otro de los polos culturales y políticos emblemáticos de esos años, México, y atender a momentos (y textos) fundacionales de dos editoriales mexicanas de enorme peso en la construcción posterior del canon literario y ensayístico latinoamericano: ERA y Joaquín Mortiz. Mi aproximación indaga los proyectos editoriales iniciales y sus catálogos, en especial en relación con cierta caracterización de estas editoriales como "de izquierda" (en el caso de ERA) o "de vanguardia" en el de Joaquín Mortiz, y en la figura del editor como agente cultural que traza líneas de lectura al tiempo que delinea exclusiones y configura un público específico. Enfatizando la diversidad y especificidad de cada uno de estos proyectos editoriales emblemáticos, propongo reflexionar acerca de otras dimensiones posibles de la construcción de lo legible en esos complejos años sesenta y sus reverberancias en los actuales estudios sobre políticas editoriales y redes culturales en América Latina.

Palabras clave

Editores; Políticas editoriales; América Latina; ERA; Joaquín Mortiz

Abstract

What is the connection between politics, canon and publishing in 1960's? How do independent publishers shaped their catalogues and spread them in a wider range, changing misconceptions about Latin American literature and essay? In this article, I propose to describe and analyze the *beginnings* of two Mexican independent publishers in the sixties, ERA and Joaquin Mortiz, from a comparative point of view. The aim of this research is to conceive cultural transformations that took place in this decade from a wider point of view that analyzes publishers, catalogues and authors as cultural agents, and to contribute to the discussion on Latin American culture in a diachronic perspective.

Keywords

Publishers- Latin America- ERA- Joaquin Mortiz

⁷⁰ Me refiero al caso mexicano en especial, ampliamente estudiado por Teresa Ferriz Roure en *La edición catalana en México* (México, El Colegio de Jalisco, 1998) y por Manuel Aznar Soler, *Editores, escritores y revistas del exilio republicano* (Barcelona, Renacimiento, 2006), entre otros.

⁷¹ Sergio Pitol, "El México radiante de los años sesenta", *op.cit.*, p. 17.